

Novelas Rep

Por An

Entre las singularidades de la producción narrativa contemporánea de nuestra América, se encuentran una serie de novelas aparecidas en los últimos años, cuyo tamaño y ambición revelan a las claras la voluntad de los autores de proponer vastas summas interpretativas del mundo. Lejos de esos libros menguados que produjeron Rulfo o Revueltas, Onetti o Cortázar, Borges o Guimarães Rosa, asistimos a la floración de novelas de no menos de quinientas páginas (y si fuera posible de mil páginas) consagradas a temas capitales de la problemática universal o regional con un visible manejo de la vastedad cultural del mundo todo que es metido en la retorta en una demostración de conocimiento ecuménico y de teorización por todo lo alto. A ese tipo de obras pertenecen *Terra nostra* de Carlos Fuentes, *Palinuro de México* de Fernando del Pazo, *La consagración de la primavera* de Alejo Carpentier y ya se sabe que García Ponce ha pasado de las mil páginas de su futura novela y otros escritores están puestos tenazmente a la misma apuesta.

Loable actitud que visiblemente evoca las vastas construcciones de la vanguardia europea que, sólo entre los alemanes, nos dio el Doktor Faustus de Mann, *El juego de abalorios* de Herman Hesse y *El hombre sin cualidades* de Musil, versiones con todo reducidas de las novelas-ríos de los franceses y los regionalistas europeos, de Jules Romains a Ladislao Reymont, pero que ha tenido cultivo asimismo en las zonas marginales europeas con esfuerzos como los de Kazantzakis. Digo loable en lo que tal proposición revela de confianza en las fuerzas personales y de legítima ambición de creadores, aunque las producciones ya conocidas no estén a la altura de las voluntades puestas en práctica. Es justamente esta muy notoria voluntariedad la que permite medir lo desajustado del producto, la posición externa, impuesta, por momentos grandilocuente y hasta esten-

Lejano parece el tiempo en que el novelista chileno González Vera publicaba segundas y terceras ediciones de su precioso y breve libro *Alhué* con la picante anotación: "edición disminuida", que valía como una discreta burla a ese principio inamovible de las ediciones que siempre son "corregidas y aumentadas". Lejana también la confesión de Willam Faulkner de que escribía novelas extensas porque no era un buen escritor y que si realmente hubiera tenido más talento habría podido hacer obras mucho más reducidas. Y totalmente perdido ese tiempo humilde en que un poeta como Eliot aceptaba con agradecimiento que Ezra Pound corrigiera *The Waste Land* y le tachara la tercera parte de los versos.

Es obvio que la excelencia artística poco tiene que ver con las dimensiones y que en cierto modo ella se alcanza plenamente en un ajuste equilibrado con una dimensión óptima que corresponde a la necesidad interior del asunto y de la escritura. Y posiblemente sea la percepción de la vastedad de un determinado tema la que ha conducido a los escritores a acometer vastas estructuras literarias. No de otro modo debe haber pensado Neruda que un tan magno continente como América sólo podía expresarse a través de un *Canto General*, con lo cual repetía la posición que adoptaron los poetas épicos del siglo XVI y XVII que necesitaron las máximas dimensiones para contar *La Araucana*, las *Vidas Ilustres*, *El Bernardo*, *La Cristiada*. Si es iniusto el



tos grandes textos son tenidos hoy, no es menos cierto que sus dimensiones y su prolijidad ya no se ajustan a los "tempos" actuales sin que esto implique elogiar nuestras premuras y carreras.

Pero no se trataba sólo de dimensiones, sino de una ambición de "representar" una totalidad que era percibida como realmente desmesurada y es esto lo que veo resurgir en estas novelas recientes: la ambición de abarcar una totalidad, histórica o cultural, junto con la percepción de que ella es casi inabarcable. Esta cualidad de lo "representativo" fue teorizada en el siglo pasado por Carlve

representativas

l Rama



fue objeto en este siglo de despreciativo juicio por Vaché estimando que nada podía dañar más a un hombre que sentirse o asumirse como representativo, es decir, intérprete forzoso de una nación, un país o una época, en lo cual habría que deslindar entre la natural asunción de la representatividad y la voluntad o conciencia que pueda poner un creador para escalar esa posición. No hay duda de que Cervantes es el hombre representativo del Renacimiento español, como Stravinsky de la música del XX o Picasso de la pintura, pero creo también que no hay duda de que ninguno de ellos

buena obra literaria, musical o pictórica y que la "representatividad" los tenía sin cuidado, dejando que ése fuera el juicio de la historia que hacemos los hombres que recibimos su mensaje.

De los "hombres representativos" creo que estamos pasando a las "obras representativas", las que delatan la voluntad de expresar la significación de un tiempo, de una problemática, de una visión de la cultura, lo que más que en las dimensiones se percibe en la grandilocuencia de sus producciones, en la tesonera pasión para abarcar un todo, en la ambición de decir la última palabra. Es una desmesura que me parece superior a la del asunto y que en éste sólo se pretexta, pues es originariamente anterior. En un texto crítico David Viñas ha hablado, a propósito de esta sobras, de "institucionalización", aunque viendo su novela última, *Cuerpo a cuerpo*, pienso que también está acechada por esta ambición representativa, aunque no se trate de la misma "institución" que celebran las demás pero sí de una subterránea "institucionalización" de la misma literatura que parece aspirar a constituirse con la misma ampulosidad ceremonial que cabe a los grandes órganos de las sociedades.

Curiosamente, lo que en estas producciones percibo, es su falta de funcionalidad, su falta de comunicabilidad real con sus lectores, su interna circularidad que, restándoles los destinatarios reales, las remite a la celebración o a la exégesis, cuando no a la sacralización de los autores. Resultan más útiles para la

les, premios internacionales o distinciones académicas, que a la comunicación con los hombres-lectores. Adquieren así un carácter ornamental que puede adecuarse a la absorción de la literatura por los gobiernos o comunidades académicas del mundo y ese carácter me temo que responda a una mala visión de las grandes obras vanguardistas antes citadas, porque no responden a lo que en el *Ulysses* es un mensaje magno, personal, entrañable, sino a la valoración académica, ceremonial y respetuosa que la obra adquiere en los medios oficiales, sean gubernativos o universitarios, así pasan los años. Y del mismo modo cuando consideran que sus asuntos deben ser los históricos externos, dedicándose a revisar vastos períodos de tiempo con sus gobiernos, políticas, doctrinas, culturas.

Para interpretar cabalmente el drama de Alemania bajo el nazismo, Mann prefirió la historia de un músico contada por un apacible profesor y Hesse la de una paradójica secta conventual, consiguiendo una verdad inmediata, comunicable, sensible, que veo perdida en las macroambiciones históricas de estas novelas representativas.

La narrativa, que ha tenido una violenta expansión en las últimas décadas, está acechada ahora por la oficialización. La carrera de las academias, de los premios, de los encargos o puestos gubernativos, de la respetabilidad, comienza a operar sobre los autores y comienza a orientar algunas búsquedas. Posible comprobación de los muy estrechos límites de esa expansión que a muy pocos permitió establecer una comunicación suficientemente amplia con los lectores como para proporcionarles la autonomía o tentación de inmortalidad en vida "cuando se es alguien" que, como ya vio Pirandello, conduce a la estatua de escayola, pues esa inmortalidad se espera de la consagración institucional más que de la devoción de esos lectores que se harían